CONSTANZA TOURBLANCHE

LOS ASCENDENTES DEL TIEMPO



Áurea Ediciones

PARTE I
Te busco entre la gente

Capítulo 1



Miércoles 14 de julio, 1999
Zapallar, V Región. Chile
09:18 a. m.

El humo de su tabaco voló enredado junto con la neblina costera de aquella mañana fría de invierno. El sutil bailoteo de los árboles generaba una brisa gélida que le tenía entumidas las manos y le hacía chocar los dientes cada vez que relajaba la mandíbula. El mar sonaba a pocos metros de su posición, ahí, en aquel parque donde todo había empezado y terminado un par de años antes.

«Mas, en lugar de ella, sentí el contacto de una mano helada. Me poseyó un intenso terror y quise retirar el brazo, pero la mano me aferraba mientras una voz insistía:

¡Déjame entrar…!»

—Déjame entrar… —murmuró Isabel, que leía *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë.

Una hormiga le subió por el dorso del brazo. El cosquilleo de sus pequeñas patas llamó su atención y miró la hora en el reloj de su muñeca. Apagó el cigarro sobre la roca y se

levantó. Tenía una cita pendiente y no la podía postergar de nuevo, menos en un día como ese.

Se sacudió la ropa y guardó el libro en su mochila para emprender rumbo desde el parque hasta el centro de Zapallar.

Isabel ya tenía veintiún años, y no tenía idea en qué momento el tiempo había pasado tan rápido. Cada vez que se veía al espejo le respondía una imagen que sentía que no le pertenecía. Su melena corta y su flequillo mal cortado ya no existía. Ahora en cambio un largo cabello voluminoso y oscuro le rebotaba en los hombros cada vez que caminaba. Varias personas le habían dicho que se veía mejor con el pelo largo; quizás era cierto, quizás no. Sabía que una parte de ella la había dejado atrás junto con su cabello, como si algo en ella se hubiera muerto hace, exactamente, dos años.

El cielo estaba cubierto por un manto grueso de nubes blancas. No parecía que fuera a llover. La última lluvia no la había agarrado muy bien, y no por haberse encontrado a sí misma sin paraguas en medio de la calle, sino por la sensación que eso le produjo.

Julieta.

Cada 14 de julio desde 1997 habían sido extraños. Isabel no sabía qué hacer sin ella y, a pesar de que lo intentaba, era difícil. Julieta era su mejor amiga, su hermana, su familia.

Julieta llenaba todos los vacíos y, después de su ausencia, tenía miedo de no poder volver a confiar en nadie más. A veces prefería que Julieta de verdad hubiera muerto. Ir a ver su lápida, dejarle una cajetilla de cigarros y sentarse toda la tarde al borde de la tumba y conversar con ella. Eso le habría hecho mucho mejor que la incertidumbre de no

saber si estaba viva, muerta o si existía realmente.

Isabel estaba casi segura de que Julieta seguía viva, pero a veces sentía que divagaba en el delirio. Si Julieta estaba viva, ¿dónde estaba? ¿Cómo? ¿Por qué? Si estaba viva, eso significaba que podía viajar en el tiempo, y si podía hacerlo ¿por qué no era Julieta la que la buscaba a ella?

Con las manos en los bolsillos para capear el frío, caminó por las calles solitarias del pueblo. Eugenia la estaría esperando en el centro para llevarla a su terapeuta, allá en Viña Del Mar.

Trastorno Obsesivo Compulsivo y Trastorno de Ansiedad Generalizada, esos eran sus actuales diagnósticos. La verdad era que se le hacía imposible relacionar alguna de sus dos excentricidades con la ausencia de Julieta. Los supuestos síntomas que su terapeuta había utilizado para darle sus diagnósticos eran los mismos que había sentido siempre.

La habían derivado por un supuesto estrés post-traumático.

El reloj marcaba las 9:23 de la mañana cuando llegó a las afueras del lugar acordado con su tía. Eugenia solía llegar a la hora justa, así que solo le quedó esperar. Se sentó en la berma y sacó *Cumbres Borrascosas* de la mochila para seguir leyendo. Su terapeuta le había dicho que leer podía mejorar su concentración y reducir la ansiedad, y si bien podía ser cierto, Isabel ya no estaba segura de que estar leyendo esa clase de libro le estuviera ayudando, pero era un libro que le había recomendado Eugenia porque había sido su favorito en su juventud.

El silencio de la calle fue tranquilizador por un momento. Algunos autos pasaban por las calles aledañas, otros

cuantos por la avenida principal. En cada ruido de motor, Isabel levantaba la cabeza esperando que fuera Eugenia, pero no era, y muy para su sorpresa, tampoco era la conductora del automóvil que se estacionó justo frente a ella. El vehículo quedó en neutro, y la ventanilla se bajó lentamente.

—Hola, chica —dijo Cristián Bustamante, Inspector de la Segunda Comisaría de la Brigada de Investigaciones de Zapallar.

Isabel resopló, rodó los ojos y cerró el libro entre sus manos.

—¿Y la Eugenia?

—Me pidió que te viniera a buscar.

Isabel dudó mucho de aquella afirmación.

—Mentiroso.

El detective curvó las cejas y se encogió de hombros.

—En realidad es porque quiero pedirte que…

—No voy a convencer a la Eugenia de que vuelva contigo —interrumpió Isabel.

El silencio se hizo tenso. Cristián pasó su mano por sus cabellos dorados entre canosos que reflejaban sus 49 años de vida, y sus ojos celestes se vieron cristalizados por medio segundo, como si quisiera ponerse a llorar.

—Yo la amo —susurró él.

—¿Y qué quieres que haga yo?

Cristián no le caía mal, pero lo encontraba patético. Era buen hombre, atractivo, profesional y detallista. Eugenia y él se habían conocido durante el segundo semestre de 1998 luego de que a Cristián le otorgaran un caso de microtráfico en el litoral central. Y por cosas del destino, Eugenia era de las encargadas del área de crímenes y tráfico de drogas.

Eugenia se había convertido en detective criminalista

forense para la Gendarmería de Investigaciones de Chile en 1997. Durante todo el lío de saltos temporales, y después de que los militares chilenos le dieran las descargas eléctricas necesarias para hacerla viajar en el tiempo, Eugenia había estado en la Francia de mediados de 1910 hasta principios de 1930. Había llegado al país europeo en el año 1914, con veintidós años, a una ciudad del sur del país llamada Toulouse, donde mendigó por varios meses antes de ejercer como costurera hasta llegar a ser policía. Luego, en 1920 y con 28 años, se mudó a Montpellier. En 1925 y con apenas 33 años, trasladó su hogar a Lyon. Cuando cumplió los 36 durante el verano de 1928, se movió a París, donde vivió hasta 1933 antes de volver a 1997, al tiempo que le correspondía con sus 42 años respectivos para esa cronología.

Eugenia había estado en el epicentro de la Primera Guerra Mundial en Francia, aprendiendo francés a la fuerza y siendo una de las que mantenía el orden cuando el caos quería reinar. Ahora que estaba viviendo en la época acorde a su edad y línea temporal, se había inscrito para ser parte de ese escuadrón de investigaciones y aprovechar los conocimientos aprendidos durante todos sus años como policía en el país europeo. Un trabajo que le gustaba mucho y donde ella nunca pensó que iba a encontrar el amor.

O un intento de amor, al menos.

Isabel la conocía y, a pesar de que Eugenia se lo guardaba todo y no hablaba nada con nadie, sabía que parte de las razones por las que había tenido una relación con Cristián era para convencerse de que podía ser feliz con otra persona. Convencerse de que podía volver a amar a alguien más.

Pero no.

Y hubo un punto en el que Eugenia no se pudo mentir más y, hace ya dos meses y después de una relación de casi

un año, terminó con Cristián, mientras Isabel se tenía que aguantar los llantos de él y su insistencia en que hablara con su tía para hacerla entrar en razón.

—Es que la Eugenia es muy fría y a mí no me escucha —continuó Cristián, apagando el motor del vehículo—. Pero si tú hablas con ella y…

Isabel cerró los ojos y suspiró.

—Eres muy penoso —sinceró—. La Eugenia ya fue… no va a volver contigo.

—¿Y por qué no?

Isabel tenía la respuesta, pero no era algo que él quisiera escuchar o que Eugenia quisiera que le dijera.

—Porque está preocupada de otras cosas.

A las 9:30 en punto, el automóvil de Eugenia apareció por la longitud de la calle y se estacionó detrás de Cristián.

—¡Cristián, te pido por favor que termines los informes que te pedí y dejes de perder el tiempo! —vociferó Eugenia desde la ventanilla de su vehículo.

Isabel miró desde la berma. Hubo un silencio, y Cristián hizo lo que mejor pudo hacer para conservar un poco de amor propio: prendió el motor del vehículo y se retiró. Eugenia suspiró profundo, se aferró más al volante, y le hizo un gesto con la cabeza a Isabel para que se subiera al vehículo.

—¿Tú le pediste que me viniera a buscar o se ofreció solo? —preguntó la joven, acomodándose en el asiento del copiloto.

La detective chasqueó la lengua.

—Jamás le pediría algo que no tuviera que ver con el trabajo.

Una vez resguardadas dentro del vehículo, el silencio incómodo se hizo presente. Desde la radio sonaba “Just